

Los abuelos de cara blanca y el sueño del mundo de la vida

Manuel Mejía Vallejo publicó *Los abuelos de cara blanca* en 1991.

Durante la década de los años ochenta, mientras dirigía el taller de literatura de la Biblioteca Pública Piloto, había trabajado simultáneamente en varios de sus libros: *Y el mundo sigue andando* (1984), *La sombra de tu paso* (1987), *La casa de las dos palmas* (1989) y *Los invocados* (1997), así como en sus coplas, décimas y poemas en verso libre, además de los cuentos que reuniría en *Otras historias de Balandú* (1990) y *Sombras contra el muro* (1993).

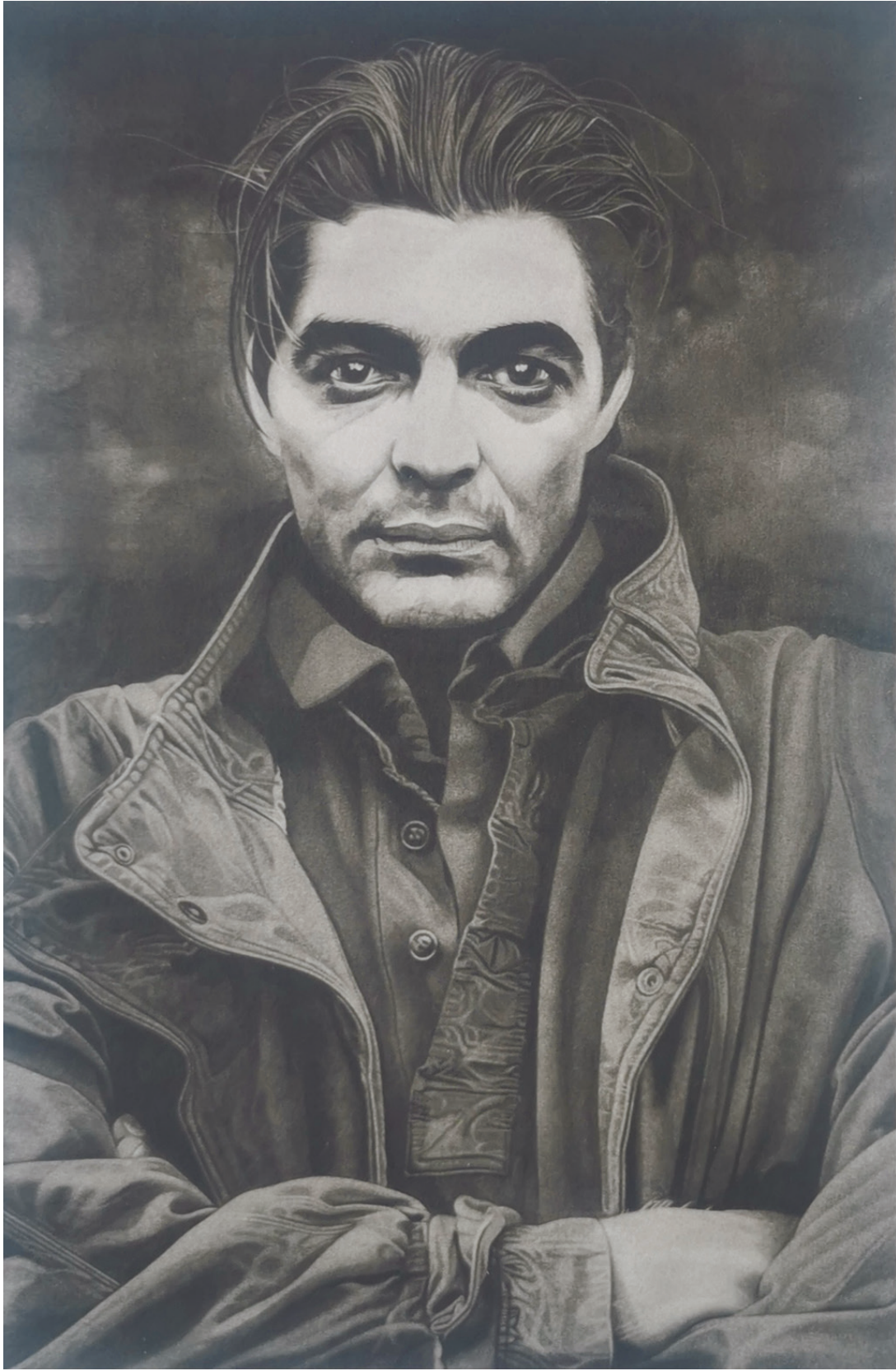
Excepto *La sombra de tu paso*, obra en la que confiaba como su novela de amor y que es algo así como la continuación de *La tierra éramos nosotros* (1945), su primera novela, los demás trabajos —incluida *Tarde de verano* (1980)— configuran el “corpus de la saga de los Herreros”, síntesis emblemática de la historia de Antioquia, de la fundación y colonización de pueblos y territorios y de la existencia entre montañas y ríos: los farallones del Citará y los nevados; los ríos San Juan, Cartama y Cauca... en los tres climas: la tierra caliente, la tierra templada o media montaña y el páramo, entendidos como estados del alma; es decir, visiones del mundo, así en lo filosófico como en lo emocional, con todo lo que ello implica para el espíritu, la existencia y el destino de los personajes; esto es, del hombre.

En ese orden, podríamos asumir *Los abuelos de cara blanca* como lo otro. Él mismo lo tenía muy claro: “No podía repetir lo que

ya había logrado”, me dijo. “No tenía sentido seguir con lo mismo”. Por esta razón, en una labor paciente que se había iniciado en los años de su infancia en Pipintá cuando convivían con los emberá, y que había continuado durante toda su vida, fue reuniendo los mitos de origen y literaturas de cuantas culturas americanas se pudiera: “quechuas, chipewas, nauales y guaraníes, huitotas y mayas, guahíbas y tunebas, kogui y quichés, otomíes y guambianas, paece y katías, kunas y chamíes, guaraúnas y aimaraes, pampas y pijaos, andaquíes y urabaes, araucas y caribes, piratapuyas del Vaupés, epieyúes de la Guajira, jarayúes...”, para componer con ellos un canto épico que configurara la identidad del hombre americano, más allá de los remotos tiempos precolombinos, de las épocas del descubrimiento y de la conquista, de la imbricación de las razas durante siglos, de las patrias bobas de la Independencia y de nuestros presentes de mestizos huérfanos... el canto épico del hombre americano.

“Procuré que mi trabajo fuera transparente”, me dijo. “Si hay algo oscuro es porque la materia que trata resulta difícil de comprender; pero yo cuidé que los cantos fueran diáfanos, de la más pura concepción”. He ahí un propósito integrador que abarca una visión del tiempo más allá de la vida ínfima de un individuo transitorio, y cercano a la concepción del hombre como una cadena de pequeños destinos que configuran el único.

En el prólogo de la publicación del libro, titulado “Advertencia inútil”, dice Manuel:



Oscar Jaramillo, digital / serigrafía, papel de algodón entelado, 64 x 51,5 cm, edición 100 / 100

“Esta novela —en el sentido de epopeya en prosa— está apoyada en el verso pues el canto es privilegio primitivo”. Es decir, canto épico como la *Iliada*, la *Odisea* o el *Cantar de los Nibelungos*, narración de los mitos de origen de una cultura milenaria, en la que, en este caso, subyace la doctrina de que el mundo de la vida es un sueño: “Cuando Nam Yavarí se miró como quien despertara en casa ajena, sus ojos asombrados empezaron a descubrir el mundo...”, leo este comienzo y veo a cada uno de los hombres viajando en su memoria al momento en que ya no hay más recuerdos hacia atrás, solo sombras. Y entonces desde allá hacia el presente, la vida se configura como un despertar: “— Alguien lo soñaría —pensó al oír silbar en la distancia un pájaro no escuchado antes”.

Parafraseando el primer principio del *Kyballión*, que a su vez se asemeja a la revelación de los antiguos vedas en sus correspondencias ocultas, podemos decir que todo lo que existe es producto de un sueño.

La doctrina de la creación como un sueño, además de ser un mito tan antiguo como el hombre, podría también pensarse como el arquetipo de la fuente o del manantial que hace posible todo tipo de fundaciones míticas del ser o de concepciones de la existencia.

El yacente que sueña es Antel, nombre que podríamos descomponer en “ante Él”, lo cual significa en presencia de Él: la gran presencia; pero también “antes de Él”, el estado previo al ser, la nada.

Así mismo Ildar, nombre de la mujer que acompaña a Nam Yavarí en su existencia soñada, se puede descomponer en Id más lar: Id, del verbo ir; y lar, cuyo significado es hogar; o sea, quien consigo lleva el hogar.

A menudo, Manuel repetía en medio de la conversación que, a pesar de todos sus poderes, lo único que Dios no podía era dejar de existir, motivo que ronda sus cuentos una y otra vez. Como el Dios que les habían inculcado en la formación de la infancia murió para ellos, a Manuel le tocó arreglárselas con el creador del mundo de la vida en la persona de un fabulador que recorre sus obras desde su más temprana juventud y que puede llamarse Bernardo, Roberto, Medardo, Juan Paramuno...; pero cuyo nombre de partida es el suyo, dispuesto, como Virgilio, a la creación de la epopeya que le da sentido al hombre americano.

Luis Fernando Macías

Evocación personal de Manuel Mejía Vallejo

Jorgelina Corbatta

Ante el pedido de una colaboración para conmemorar a Manuel Mejía Vallejo en su centenario tengo, como diría el tango,

“miedo del encuentro con el pasado que vuelve a enfrentarse con mi vida”.¹ Los recuerdos, desordenados, se agolpan y, tras